

Carlos Corvalán

Algo sobre el humorismo en nuestra literatura



RECONOZCAMOSLE a Benjamín Subercaseaux la iniciativa de haber promovido este año un interesante movimiento de opinión en torno al tema señalado, y démosle las gracias. Y conste que decimos "este año" porque en los anteriores hubo quienes se preocuparon del asunto, aunque enfocándolo desde el punto de vista de su máxima amplitud, es decir, de lo que es o debe ser el humorismo.

El autor de *Chile o una loca geografía* no habla en su artículo de humorismo, sino de "lo cómico" en nuestra literatura, lo que, a nuestro juicio, abarca un aspecto mucho más reducido y casi diferente del asunto, si bien en los conceptos que Subercaseaux emite en el texto de su producción citada, nos habla del "humour" inglés y del "esprit" francés, todo lo cual parece involucrar la idea humorística y no la meramente jocosa.

Su invitación a los escritores para que nos den sobre el particular "una composición maestra, original y de gran utilidad para la mejor comprensión de nuestra psicología" es oportunísima, no obstante ser ligeramente irónica; y se haría digno de todo elogio y acreedor a nuestra gratitud más cordial quien acometiera y llevara a término ese estudio. Lamentable resulta, sin embargo, que el

autor de tan magnífica idea les chapode las alas a sus propios invitados: "los escritores jóvenes o no jóvenes" y los apabulle con su apreciación —tal vez un poquillo exagerada— de que "será difícil que alguien acometa tal empresa, porque nuestro joven escritor (o no joven) carecerá seguramente del sentido de lo cómico universal, con lo que se encontrará más o menos incapacitado para ponernos de relieve las características de lo cómico nacional". Habría sido muchísimo más halagüeño, sin duda, que el distinguido escritor les hubiera insuflado un poco de su característico optimismo a los posibles autores de tal ensayo, en vez de anticiparse a juzgarlos tan inútiles e incapaces. Sabiéndose éstos amparados por él o, por lo menos, contando con su complaciente benevolencia, seguramente más de alguno se habría lanzado a hurgar en "el sentido de lo cómico universal", para ver modo de comprenderlo y capacitarse para decir después algo de lo nuestro, de nuestros escritores festivos, de nuestros chistes y de nuestras "payasadas". Que, en todo caso, el aludido estudio de "lo cómico" resultaría paradójicamente una cosa seria, no cabe la menor duda, y esa apreciación de que el propio Bergson, en su libro *Le Rire*, "no logró ni siquiera soslayar la dificultad" confirma lo complejo del asunto. Pero, sea como fuere, es el hecho que Subercaseaux ha dado un sacudón al ambiente humorístico con su artículo "Del sentido de lo cómico en Chile", y ha conseguido que algunos cultores de ese género literario, generalmente adormilados —tal vez en proceso de digerir agudezas— despertaran con sobresalto y dieran comienzo al cambio de ideas pertinentes. Y así ha sido como de por allá ha saltado alguien a defender su tesis y de acá otros a exponer las suyas (algunos por la prensa y otros en privado); y todo este refinado alboroto desarrollándose entre ironías y sutilezas, como corresponde a gentes que ejercitan tan encumbradas disciplinas.

Hasta nosotros, modestísimos gustadores de agudezas ajenas, nos entusiasamos tanto, que nos dimos a repasar lecturas, para ver modo de sentir un poco de "lo cómico universal", de manera que pudiéramos comprender algo de "lo cómico nuestro". Anhelosos

de decir luego ciertas cosas sobre el particular —no porque nos sintamos entrenados ya, sino porque creemos que no debe dejarse que se enfríe la discusión— nos proponemos insinuar al respecto algunas ideas, con todo el respeto que nos merecen los que piensen de diferente modo. Antes de empezar, sin embargo, queremos dejar bien establecido y como una acotación previa necesaria, que la apreciación que estampa en su artículo Subercaseaux sobre “el episodio de Mrs. Wilson y la vaca, o aquel otro de Kate, en su relato sobre Saint-Columba que figuran en *Jemmy Button*, no los conceptuamos —como su autor lo insinúa— los chistes de mejor calidad que se han producido entre nosotros, pues si bien “no aparecen casi nunca de tal laya en nuestra literatura”, el propio Subercaseaux ha lucubrado algunos muchísimo mejores. Recordamos, por ejemplo, ese ingeniosísimo, cuando afirmó que él seguiría llamando Antártica a la Antártida mientras se dijera América y no Améri-da.

Diremos también, contradiciendo una vez más al autor de *Jemmy Button* —lo que lamentamos muy de veras— que Mark Twain, a pesar del episodio del perro picado por la abeja y de algunos otros semejantes, no creemos que deba ser citado como ejemplo de “esprit” francés ni de “humour” británico. Para lo primero quizás si estaría más cerca de esa manifestación de la sensibilidad los escritores festivos de ascendencia latina. Muchos de ellos han cultivado esa cosa rara que llaman “esprit”: Murger, France, Courteline, Pitigrilli, About, Pirandello, Trilusa, Tristán Bernard, Miomandre, etc. (este último en cualesquiera de sus obras, menos en *El Ingenuo*, libro tan soporífero, que no comprendemos cómo pudo producirlo así, con ese mérito extraño, el ingenioso y gran amigo de Eduardo Barrios. Se nos ocurre que el Dr. Besançon, profesor de medicina y refinado humorista, ha debido recomendar la lectura de esta obra a sus pacientes lectores insomnes). Y como expresiones del “humour” inglés, antes también que a Mark Twain, juzgamos que podrían considerarse a Huxley, Sinclair Lewis, David Garnett, Chesterton, Dickens, Shaw, etc. Estos tres últimos en especial, como representantes y cultores indiscutidos de

ese "humour", que a fuerza de ser sutil, en ocasiones apenas si se divisa. En cambio creemos que Mark Twain está más cerca del humorismo hispano y, en consecuencia, de nuestro propio humorismo. El mayor conocimiento que tenemos de él (no hay quien en Chile no lo cite, cuando se discurre sobre semejante tema) nos indicaría que su "chispa" la entendemos mejor que esa otra gracia neblinosa que llaman "humour".

* * *

Dijimos que hablar de lo cómico en literatura —si se pretende hablar de humorismo— es restringir el concepto limitándolo a un aspecto de lo humorístico, pues, a nuestro entender, el humorismo contiene atributos de comicidad, de gracia, de ingenio; pero también involucra las ideas de sátira, de ironía, de sarcasmo y, fundamentalmente, la idea y el sentido de dolor, de dramatismo. Humorismo en esencia podría, pues, ser la expresión que contuviera el conjunto de los atributos señalados y no uno o algunos de ellos. El hecho de que lo jocoso, la ironía, etc., constituyan parte del humorismo no supone que sean el propio humorismo; como la luz de una bombilla, la onda de radio, el calor y la fuerza eléctrica no son tampoco, independientemente, la electricidad sino algunas de sus manifestaciones, las mismas que, en conjunto, pueden constituir ese misterioso fluido.

Aplicando este criterio a la literatura, no debería llamarse humorista al escritor jocoso, ni al que hace ironías, ni al que satiriza, si tales manifestaciones del ingenio se expresan independientemente, sin un nexo de dolor que las una; ni menos aún al escritor que extrae la gracia de la gracia misma. Un chiste aislado será un chiste y nada más. La "payasada" nuestra, a que se refiere Subercaseaux, no ha podido ni podrá jamás dejar de ser lo que es: una expresión más o menos primitiva de la alegría. Y por más que se le llame "payasada", dista también bastante de la gracia del "clown", que tiene un indudable contenido dramático.

Todas las manifestaciones del ingenio pueden caber en el concepto de lo que es humorismo; pero ni las más salientes, ni las más sutiles dejan, independientemente, en el espíritu la impresión de eso enorme que es el humorismo, cuyo fondo de extracción supone la existencia de un verdadero desgarramiento. Tenemos entendido que la máxima manifestación del humorismo reside en el *Quijote*; y debemos reconocer que en esa obra cumbre de la sensibilidad y de la agudeza, existe, sobre todo, dolor.

Cuando se habla de "esprit" y de "humour", señalando esas características como refinamiento de lo cómico, tal vez se esté más cerca de la verdad que cuando se las quiere acercar al humorismo, porque imaginamos que "humour" es la sensación graciosa que fluye levemente de un hecho serio pero no triste; y "esprit" sería la sutileza, la finura de un decir o de un relato emanados espontáneamente de ellos; pero cuyas bases no serían necesariamente ni tristes ni serias.

"El humorismo —dice por ahí un texto de consulta— es, a la vez, como era Heine: alegre y triste, cuerdo y loco, al modo de Hamlet: péndulo que oscila, lo mismo que Byron, entre las sonrisas y las lágrimas". "En el humorismo todo consiste en la manera de hacer. Por la virtud misteriosa del genio se puede exaltar la grandeza de lo pequeño, escudriñando la pequeñez de lo grande. Usa de lo cómico y de lo ridículo; pero a la vez que ríe, llora". "Para el humorista la historia es únicamente la historia del corazón".

¿Quién, preguntamos, al oír esta definición no recuerda al genio del humorismo en la pantalla, Charles Chaplin? La lección objetiva de sus creaciones son la mejor muestra contemporánea de esa expresión de la sensibilidad y del talento.

Campoamor, por su parte, dijo del humorismo: "César tapando con sus cenizas el hueco de una pared, y don Quijote volviendo a su casa molido a palos por defender sus ideales, mientras su ama y su sobrina, representantes del sentido común, lo reciben cómodamente, comiendo pan candeal y haciendo calceta, son dos rasgos de humorismo que además de hacer reír llenan los ojos de lágrimas".

El humorismo está, pues, fuera de lo normal, muchísimo más arriba de lo corriente. Lo cómico, por lo general, es sólo una manifestación emanada de la vulgaridad y, en consecuencia, no puede atribuírsele características propias del humorismo que presupone, por lo menos, la existencia de sensibilidad y refinamientos exquisitos.

¿Ha ido variando el concepto del humorismo en Chile? No cabe duda que ahora somos más exigentes que años atrás, y que ya no resulta aceptable confundir tales términos. Seguramente cuando apareció *El Socio*, esa obra cumbre de nuestra literatura humorística, nos dimos a discriminar mejor sobre tan complejo asunto. Antes, el concepto de humorismo nos resultaba en extremo confuso; seguramente la carencia de humorismo de verdad entre nuestros escritores nos impedía establecer comparaciones y refinar el gusto. La propia crítica no era muy estricta. Omer Emeth, el destacado orientador de nuestros escritores, decía, por ejemplo, veinticinco años atrás, refiriéndose a un libro de un autor de moda: "Pero el capítulo en que luce su más fina ironía es el que se intitula "Problemas agrícolas". Y Omer Emeth copia del cuento comentado: "Chile fué hecho por la Providencia para los agricultores. Colocó en el norte el salitre para abonar con él las tierras de las provincias centrales, cuando se agoten, y por esta razón no es explicable la acción del Gobierno que tolera la exportación del salitre hacia otros países. Las minas de carbón fueron puestas por su sapiente mano (la de la Providencia) con el objeto de que los agricultores pudieran hacer los fondos para los frejoles de sus peones y el Estado la moneda menuda con la cual se pagó el inquilinaje en años pasados. Las minas de plata tenían visiblemente el objeto de facilitar el uso de espuelas de lujo a la gente de campo, de frenos y mates a los mayordomos y de vajilla a los hacendados".

Omer Emeth juzga que todo eso constituye "un derroche de "humour" y se entusiasma tanto analizando la obra en referencia que dice de cierto párrafo o anécdota semejante: "está escrito con una ironía y gracia insuperable"; y agrega: "no digo *con* "esprit", y, sin embargo, el que se luce aquí es del más fino y del más fran-

cés. Prefiero no emplear esta palabra porque a lo mejor me la imprimirían *Sprit*. (Semejante error lingüístico común hasta en artículos de crítica publicados en Santiago, es para mí intolerable). Por miedo al *sprit* no hablemos de *Esprit*".

Y agrega más adelante el respetable y recordado crítico: "Pero así como derrocha "humour" en sus filosofías, sabe derrochar realismo en los muchos cuadros con que viene adornado este libro". "Para muestra citaré sólo uno, el más diminuto pero no el menos expresivo". "Después de deplorar el destructor efecto que la abundancia de carne ejerce sobre el delicado contorno de la cara femenina, dice el escritor comentado: "La niña que sale a los quince años espigada y derecha, llega a los cuarenta años a ser ese tipo de señora regordeta y temblorosa que va por las calles moviéndose como una carlota rusa o una jalea de membrillo". "¡Qué evocación!" —exclama Omer Emeth y agrega—: "¿Quién no ha encontrado en la calle esas jaleas ambulantes?"

O mucho nos equivocamos o debemos convenir en que ahora somos más exigentes con los escritores y también con los críticos.

* * *

Nuestro pueblo tiene un sentido nato del humorismo. Seguramente él no lo comprende en toda su amplitud y, en consecuencia, no está en su espíritu demostrar que lo posee; pero existen infinitas demostraciones de nuestro aserto.

Preguntémosle, por ejemplo, a cualquier hombre del pueblo, a manera de saludo: ¿cómo le va? o ¿qué es de su vida? y de inmediato tendremos una respuesta más o menos así: "Aquí estamos, pus: viviendo para no morirnos".

Analicemos esa contestación y adentrémonos en su significado. ¿Acaso no hay en ella un dolor inmenso del cual el pueblo extrae una sonrisa? "Esta vida es dura —tragediosa como él la llama— pero de todos modos hay que vivirla". "Echémosle entonces pa'ilante hasta donde más no sea".

Oigamos a unos obreros que se despiden al salir de su trabajo en otra manifestación de su humorismo:

—¿Te vay a ir pa tu chulé, ahora?

—¿Y pa ónde querís que me vaya cuando a mi señora se li'ha ocurrió dar recepciones todas las tardes en casa?

Hay en esos diálogos, tan frecuentes, ironía de buena ley, porque emana del sufrimiento, es decir: la gracia no está sola ni nace de la gracia misma sino del contraste doloroso, producto de un estado anímico luchador y de una vida dura o, a la inversa, de un complejo fatalista ante lo circunstancialmente jocoso.

Esa misma manera de ser, más refinada cuanto mayor es la cultura del individuo o del círculo, se manifiesta en las clases superiores. Posiblemente la hosca naturaleza de nuestra "loca geografía", nos hizo así: taciturnos, melancólicos, silenciosos, poco dados a las expansiones. Domingo Melfi expresó al respecto muy certeros juicios en su ensayo *Pacífico Atlántico*.

Siendo así, no obstante existir la base de tristeza señalada, que daría motivo a una copiosa literatura humorística, han sido y son pocos los escritores que pueden, a nuestro juicio, llamarse humoristas. Sin pretensión alguna (librenos Dios del pecado de soberbia y sobre todo de la presuntuosa creencia de imaginarnos capaces de dictar cátedra al respecto) sólo nos han impresionado como tales Jenaro Prieto, con su obra *El Socio*, no con *Un muerto de mal criterio*, ni menos con *Pluma en Ristre*; Enrique Araya, con su libro *La luna era mi tierra*, cuyo argumento contiene la base esencial del humorismo, que es el drama. Posiblemente en el texto de esta obra no haya logrado Araya dar exactamente desarrollo a ese sentido del humor; pero la médula del libro, su estructura, no se puede negar que es intensamente humorística. Y Daniel de la Vega a través de su continuada labor de diarista, plétórica de sutilezas, riquísima de fino humor. Este escritor tiene además el raro privilegio de hallar el humorismo en las cosas y los hechos mínimos y lo expresa con las palabras más simples, haciendo adquirir a sus observaciones y a esas

palabras —que son sus preferidas— significaciones absolutamente nuevas.

* * *

Escritores particularmente festivos, graciosos, satíricos, irónicos hemos tenido y tenemos varios; pero esas condiciones aparecen y se demuestran independientes de ese todo que a nuestro juicio constituye el humorismo y cuya característica fundamental es el dolor o algo semejante a esa sensación: angustia, pena, desconsuelo, ansiedad como consecuencia de un drama que no se dice. ¿Constituirá este hecho algo así como una reacción del escritor frente al medio triste y sacrificado en que vive? ¿O será fruto de nuestra herencia cultural hispánica y de su influencia posterior?

Quede para gente más versada que nosotros el estudio acabado del asunto, sin perjuicio de que, en el entretanto, esbocemos nuestra opinión al respecto, sin otra finalidad que la de allegar algunas ideas que esclarezcan un poco el ambiente, si es que no lo enturbiamos más aún de lo que se halla.

Juzgamos, pues, que ambos factores han podido influir en el hecho citado; y, desde luego, debemos reconocer que nuestro pueblo, la masa trabajadora; y con ella, en grado progresivo de refinamiento y sensibilidad, las clases superiores, captan el humorismo —que es nato entre nosotros— pero no lo saben expresar de modo que se transforme en risa, porque es esa necesidad de alegrarnos colectivamente, bruscamente, en estallidos, la que obliga a utilizar el chiste fácil, el retruécano de circunstancia o la sátira que ridiculiza personificando. Cada cual lleva entre nosotros su dolor, como reflejo del medio, a la vez que el medio se ha hecho triste como consecuencia del drama individual.

La naturaleza hostil con la que hay que luchar bravamente para domeñar sus inclemencias y sus infinitas dificultades; y luego la catástrofe que periódicamente arrasa con todo, han impreso el sello de su tremenda realidad y la de su amenaza perenne en el espíritu de nuestra raza. Hay entonces necesidad de reír, y, para hacerlo,

no bastaría el ejercicio de un humorismo refinado, ese que aflora a los rostros expresado en sonrisas, sino que hace falta el estruendo de las carcajadas; y esa necesidad se manifiesta en el tumulto de los estadios, en los comicios y asambleas, en los teatros, en las ferias, en cualquiera parte donde haya grupos o multitudes; pero no donde el ingenio tosco se individualice. Acá se hará de nuevo el silencio y reaparecerá en cada cual el gesto taciturno, reconcentrado, triste.

El escritor nuestro, mal llamado humorista, no es otra cosa — y no podría ser de otra manera — que un producto de ese medio; y por eso crea el chiste picante o construye la sátira mordaz o zahiere con ironías amargas. Necesita, como un concurrente más a esas concentraciones de muchedumbres, de la risa propia y de la carcajada colectiva. (Es sin duda “un sentido de fuga al clima de alta tragedia”).

España nos señaló también su idiosincrasia y nos legó el retruécano del norte, la maldición gitana, la burla, el gracejo, la chispa en suma, que tiene toda la viveza de su espiritualidad; pero el chiste se suavizó entre nosotros al contacto con nuestro silencio pensativo. En seguida sus escritores nos dieron normas, no de humorismo cervantino, sino también de chispa, de ingenio, de gracia, de salero en explosiones. Tomás Luceño, Pablo Parellada, Luis Taboada, Sinesio Delgado, Pérez Zúñiga, Jardiel Poncela, José Estrañí, Miguel Ramos Carrión, Vital Aza, Luis de Cuenca, Manuel del Palacio, entre otros muchos, constituyen una demostración elocuente de esa gracia hispana.

Los nuestros, por su parte, ubicados en un mismo plano de expresión jocosa: Hugo Donoso (Hugonote), Pedro J. Malbrán, Gustavo Campaña, Armando Hinojosa, Avelino Urzúa, Pedro E. Jil, reproducen acá la chispa del ancestro, aunque no medie entre unos y otros tiempo de generaciones.

Hablando del Califato dice el españolísimo Melitón González: “La palabra Califato proviene de cal y de facio, facis, fáceres (hacer). Así, pues, Califato y fábrica de cal, vienen a ser una misma cosa, salvo la diferencia”. Y refiriéndose a la obra de Abderra-

mán I, expresa: "Dispensó gran protección a la cultura intelectual e introdujo, entre otras cosas, la costumbre de "derramar" un poco de manzanilla antes de beber el contenido de la caña, costumbre flamenca que le valió el nombre de Aben Derrama o Abderramán".

Dígase si esta forma de hacer chiste y realizar juego de palabras no lo hemos visto reproducido entre nosotros con frecuencia, especialmente en nuestras revistas satíricas. Y no es que insinuemos que exista imitación ¡nada de eso! Es simplemente que ha habido y hay todavía influencia hispánica.

Presentemos a dos parejas formadas por un español y un chileno, a ver si se divisa el parecido de sus estilos: Julio Camba con sus libros *Sobre casi todo* y *Sobre casi nada*, *Playas, ciudades y montañas*, *Londres*, *Aventuras de una peseta*, junto a César Cascabel (Raúl Simón) con los suyos: *Reflexiones de un optimista*, *Brodway*, *Cosas de un año atrás*. Y a Gómez de la Serna con sus *Gregerías*, junto a Máximo Severo con el libro que contiene la recopilación de sus máximas.

En la prensa peninsular se leían (no sabemos si aún siguen publicándose) artículos simpatiquísimos que, de haber sido reproducidos acá sin sus firmas, los habríamos imaginado escritos por Carlos Cariola o por Eliana Simon; y otros satíricos, a la vez que eruditos, como producidos por la pluma de Alejandro Tinsly.

Hay otra manifestación de nuestro ingenio literario que a través de cuentos y de casos lleva en ellos mismos su sal y livianura. Sin alcanzar el refinado plano del humorismo puro, tal como lo entendemos nosotros y hemos pretendido esbozarlo, ese género lo han cultivado o cultivan con ingenio entre otros Joaquín Díaz Garcés (Angel Pino), Galo Pando, Joaquín Moscoso, Víctor Silva Yoacham, J. Ossandón, Rafael Maluenda, Pedro Sienna, Manuel J. Ortiz, Pierre Faval, etc.; este último en su libro *Un hombre reservado* y no en *Memorias de un bucy*, que nos parece una obra innecesariamente cruda, ya que la picardía de su fondo bastaba para hacerla ingeniosa y amena.

En la crítica política y social, dentro del género de nuestra referencia, hemos tenido también brillantes plumas. Dejando a un lado a Jenaro Prieto, al que hemos situado entre los verdaderos humoristas y por lo cual no nos referiremos a su labor periodística, nos complace citar a Nadir (Miguel Angel Gargari), a Ronquillo (Egidio Poblete). A este último también en su *Viaje de Novios*, obra de fino humor y de crítica social. Muchos otros han hecho labor desde la prensa del sur y centro del país y se han destacado por su ingenio, pero desgraciadamente no recordamos sus nombres.

Alone ha ido derivando paulatinamente, en el ejercicio de su labor de crítico, hacia la ironía; y ahí lo tenemos que ha producido artículos que pueden señalarse como ejemplos entre los de tal índole. Uno de ellos, tal vez el mejor, fué distinguido con el Premio Camilo Henríquez, el año recién pasado. "Oratoria Parlamentaria" se titula ese artículo; y no cabe duda que su texto era magnífico y su contenido encerraba una inolvidable lección de procedimiento para quien pretendió darnos otras de "convivencia entre vecinos", olvidando lamentablemente nuestra altivez, característica fundamental de nuestra idiosincrasia. Ese escrito nos probó que, a veces, la ironía no es sólo el arma formidable que conocíamos, sino también la única y posible reacción de un sentimiento herido ante una actitud presuntuosa y prepotente disfrazada de amistad.

Pero Alone que utiliza magistralmente la ironía —estamos ciertos— en otras ocasiones no la esgrime, como en el caso señalado, para dar expansión a una rabia contenida, agitándola como una huasca y aplicando con ella azotes para causar verdugones, no: fundamentalmente ha de ironizar para reír; nada más que para eso. También en él, a pesar de su refinamiento de crítico, y quizás si en razón de semejante circunstancia, debe hacerse necesaria y hasta indispensable esa gimnasia del espíritu. Reír, reír un poco y de tarde en tarde, para compensar su particular tristeza derivada de nuestra triste literatura y, en especial, de nuestro descriptivo criollismo.

* * * *

Deseábamos citar en este desmadejado artículo, situándolo entre nuestros pocos humoristas, a González Vera. ¡Y casi lo habíamos olvidado! No habría sido nuestra la culpa y la omisión habría resultado completamente justificada porque González Vera se afana en ocultar su humorismo y es frecuente que logre su objetivo. Por fortuna tenemos fresco el recuerdo de aquella memorable velada, cuando recibió el Premio Nacional de Literatura, y de su discurso, así como también las diversas críticas encomiásticas que se le han hecho. En la oportunidad citada, llegamos al Salón de Honor de la Universidad sin conocer a los premiados. (También se le entregaría a Camilo Mori su Premio de Arte). Oímos hablar a un caballero de pelo blanco, sonriente, que se expresaba improvisando con admirable propiedad y, sobre todo, con tal derroche de humorismo, que su pieza oratoria nos pareció sobresaliente. “He aquí —nos dijimos— un premio acertadísimo”. “Si *Vidas Mínimas* y *Albué* no nos han satisfecho del todo como obras humorísticas, a este discurso sí que hay que sacarle el sombrero en este aspecto”. Y apenas terminó de hablar el caballero de pelo blanco, la sala estalló en aplausos y nosotros nos dimos a golpear el suelo con los pies hasta levantar polvareda, hicimos panderetas con las manos y gritamos a todo pulmón: “¡Bravo, bravo el humorista!” Un vecino nos interrumpió exclamando: “¡Qué lindo cuadro nos pintó de su pasado triste, allá en Valparaíso!” y esbozó una sonrisa.

Después habló otro premiado y su discurso, leído entre gestos de saboreos, nos pareció pobre comparado con el anterior. “Es claro —nos dijimos—, un pintor es difícil que pueda competir en letras con un escritor, y menos aún con el humorista del Premio Nacional”. Pero en seguida supimos que el segundo discurso había sido el del humorista González Vera y el primero del pintor Camilo Mori.

Tiempo después de recibir González Vera su premio, publicó *Cuando era muchacho*. Es este un libro humorístico, puesto que lo escribió un humorista que deseó afianzar con él la razón de su triunfo. Lo leímos con interés, como quien escucha un ameno relato de recuerdos junto a un brasero; y nos dejó una impresión de intrascendencia triste, por su afán de propaganda ideológica. (A lo mejor en eso reside la esencia del humorismo). Mientras tanto el tiempo pasa y para nosotros González Vera sigue siendo inalcanzable.

* * *

Resumamos un poco este desperdigado intento.

Humorista sería Chile entero, por naturaleza, porque nuestro vivir constituye una ininterrumpida historia de sacrificios, donde suele aflorar la sonrisa como expresión sarcástica de nuestro propio drama.

Resultaría, en consecuencia, redundante hacer humorismo literario donde todo es humorismo. En gracia de vivirlo naturalmente, la creación escrita podría resultar incomprensible. (No gusta por lo general de los caramelos el dueño de la dulcería).

Aparte de todo eso, al humorismo en literatura hay que expresarlo como se siente; y son pocos los que se atreven o consiguen dar expresión a su dolor, al desgarramiento de su yo interior, sin que aparezca la mueca grotesca de la rebeldía en lugar de la sonrisa resignada, porque el humorismo es personal, aunque el ambiente también lo sea como reflejo del sentir del individuo, o por propia naturaleza. Vale decir que no se puede hacer humorismo extrayéndolo de la tragedia ajena: Cervantes y don Quijote fueron seguramente una misma persona.

El chiste atrevido, la sátira mordaz, la ironía punzante vendría a constituir la natural reacción del hombre ante el ambiente. La necesidad de alegrarse crearía la necesidad de ese cultivo. La carcajada nuestra sería, pues, la del borracho, no la del payaso. Reí-

